

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

LAS DELICIAS DEL FAR NIENTE*



o me han dejado pasar más que dos meses en esta isla, pero yo me habría quedado dos años, dos siglos y toda la eternidad sin aburrirme ni un momento, aunque no tuviese, con mi compañera, más compañía que la del recaudador, su mujer y sus criados, quienes eran todos, en verdad, muy buenas gentes y nada más, pero era precisamente lo que necesitaba... Cuento estos dos meses como el tiempo más feliz de mi vida y tan feliz, que me habría bastado durante toda mi existencia, sin dejar nacer un solo instante en mi alma el deseo de otro estado.

¿Cuál era pues esta felicidad y en qué consistía mi goce? (...) El precioso *far niente* fue el primero y el principal de esos goces que quise saborear en toda su dulzura, y todo lo que hice durante mi permanencia no fue efectivamente más que la ocupación deliciosa y necesaria de un hombre que se ha dedicado a la ociosidad.

Transportado allá bruscamente (...), hice llegar sucesivamente a mi ama de llaves mis libros y mi pequeño equipaje, del que tuve el placer de no desempacar nada, dejando mis cajas y mis baúles como llegaron y viviendo en la habitación en la que pensaba terminar mis días como en un albergue del que hubiese tenido que marcharme al día siguiente. Todas las cosas, tal como estaban, iban tan bien que querer arreglarlas mejor era dañar algo. Uno de mis mayores deleites era sobretodo dejar mis libros bien metidos en cajas y no tener ninguna escribanía. Cuando cartas infortunadas me obligaban a tomar la pluma para responderlas, tomaba prestada refunfuñando la escribanía del recaudador y me apuraba en devolverla con la vana esperanza de no tener más necesidad de volver a pedirla prestada. En lugar de esos tristes papeluchos y de toda esa librería de viejo, yo llenaba mi habitación de flores y de heno, pues me encontraba entonces en mi primer fervor de botánico, por el cual el doctor d'Ivernois me había inspirado un gusto que pronto se transformó en pasión.

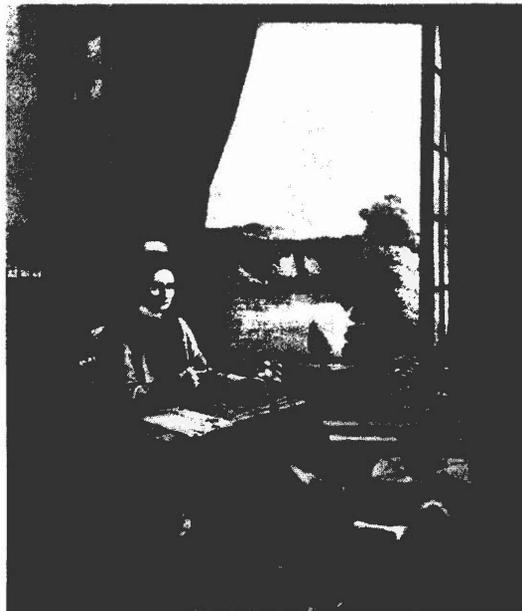
No queriendo un trabajo, necesitaba un entretenimiento que me gustase y que no me exigiera más esfuerzo que el que le gusta hacer a un perezoso. Comencé a hacer la *Flora petrinsularis*¹ y a describir todas las plantas de la isla sin omitir una sola, con

* Texto tomado de *Les Rêveries du promeneur solitaire* (Cinquième promenade). Traducción realizada para la Revista Colombiana de Psicología por Pilar González Rivera.

1. N. del E. Flora de la isla de Saint-Pierre.

la minuciosidad suficiente como para ocuparme el resto de mis días. Se dice que un alemán hizo un libro sobre una cáscara de limón, yo hubiera hecho uno sobre cada gramen de los prados, sobre cada musgo de los bosques, sobre cada líquen que tapiza las rocas; en fin, yo no quería dejar ni un pelo de hierba, ni un átomo vegetal que no fuese descrito ampliamente. Como consecuencia de este bello proyecto, todas las mañanas después del desayuno, que hacíamos todos juntos, yo iba, con la lupa en la mano y con mi *Systema Naturae*² bajo el brazo, a visitar un rincón de la isla que, con ese fin, yo había dividido en cuadritos con la intención de recorrerlos uno tras otro en cada estación (...)

Al cabo de dos o tres horas, regresaba cargado de una amplia cosecha, provisión de entretenimiento para la tarde en la vivienda, en caso de lluvia. Utilizaba el resto de la mañana para ir con el recaudador, su mujer y Teresa, a visitar a sus obreros y su cosecha, a menudo metiendo la mano a la obra con ellos, y a menudo, berneses³ que me venían a ver me encontraban encaramado en grandes árboles, con un saco en bandolera que llenaba de frutas y que hacía descender luego con una cuerda. El ejercicio que había hecho en la mañana y el buen humor que le es inseparable me hacían el descanso del almuerzo muy agradable; pero cuando se prolongaba demasiado y cuando el buen tiempo me invitaba, yo no podía esperar tanto tiempo, y mientras que estábamos todavía en la mesa, yo me escapaba e iba a tirarme solo en un barco que dirigía al centro del lago cuando el agua estaba tranquila y allí, extendiéndome cuan largo soy en el barco con los ojos vueltos hacia el cielo, me dejaba llevar e ir a la deriva lentamente a merced del agua, a veces durante varias horas, sumergido en mil ensoñaciones confusas pero deliciosas, que, sin tener ningún objeto bien determinado ni constante no dejaban de ser en mi sentir, cien veces preferibles a todo lo que yo había encontrado de más dulce en lo que llaman los placeres de la vida. A menudo advertido por el beso del sol de la hora del retiro, me encontraba tan lejos de la isla, que me veía obligado a remar con todas mis fuerzas para llegar antes de que cerrara la noche √



Rousseau en la isla de Saint-Pierre, en 1765. Grabado, C. Mayer. París, B. N.

2. N. del E. Obra publicada en 1735, escrita por el científico sueco Carlos Linneo, fundador de la botánica sistemática moderna.

3. N. del E. Habitantes del cantón de Berna.